

LA ESCRITURA CONSTITUCIONAL DE ABRAHAM LINCOLN*

Antonio Lastra

There is for every man a statement possible of that truth which he is most unwilling to receive, —a statement possible, so broad and so pungent that he cannot get away from it, but must either bend to it or die of it. Else there would be no such word as eloquence, which mean this. The listener cannot hide from himself that something has been shown him and the whole world, which he did not wish to see; and, as he cannot dispose of it, it disposes of him. The history of public men and affairs in America will readily furnish tragic examples of this fatal force.

RALPH WALDO EMERSON

“Durante la Guerra Civil americana —escribió el crítico Edmund Wilson— no florecieron las letras, pero brotó una admirable literatura que consistió en su mayor parte en discursos y panfletos, cartas privadas y diarios, memorias personales y reportajes de prensa.” El periodo estudiado por Wilson seguía al “renacimiento americano” que, una década antes, había dado obras maestras como *La letra escarlata* de Nathaniel Hawthorne (1850), *Hombres representativos* (1850) de Emerson, *Moby Dick* (1851) de Herman Melville, *Walden* (1854) de Henry David Thoreau y *Hojas de hierba* (1855) de Walt Whitman. El “renacimiento americano” era, de hecho, el trasfondo de la literatura de la Guerra Civil y de la propia obra de Abraham Lincoln, “el arte y la expresión” de la escritura constitucional americana que se remontaba, al menos, hasta el momento de la Declaración de Independencia.¹

* Este texto forma parte del Estudio Preliminar de ABRAHAM LINCOLN, *El Discurso de Gettysburg y otros ensayos sobre la Unión*, ed. de J. Alcoriza y A. Lastra, Tecnos, Madrid, 2005 (en curso de publicación).

¹ EDMUND WILSON, *Patriotic Gore. Studies in the Literature of the American Civil War*, Farrar, Strauss & Giroux, New York, 1977, p. ix. Véase FRANCIS O. MATTHIESSEN, *American Renaissance. Art and Expression in the Age of Emerson and Whitman* (1941), Oxford University Press, Oxford, 1968. Las menciones de Abraham Lincoln en el estudio de Matthiessen son inestimables. *La conducta de la vida* de Emerson, publicado un mes después de la elección de Lincoln como decimosexto presidente en noviembre de 1860, sería un libro casi premonitorio del cambio de producción y apreciación literarias. (Véase la introducción a *La conducta de la vida*, ed. de J. Alcoriza y A. Lastra, Pre-Textos, Valencia, 2004.) Es significativo que, en la posterior revisión historiográfica, Lincoln esté ausente. Véase DAVID S. REYNOLDS, *Beneath the American Renaissance: The Subversive Imagination in the Age of Emerson and Melville*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1989. Adviértase el desplazamiento de Whitman por Melville, los dos supervivientes del “renacimiento americano”. Ambos fueron excelentes lectores de Lincoln, si bien no se ha estudiado tanto la relación del autor de *Billy Budd* con Lincoln y la escritura constitucional —antes y después de la Guerra Civil— como la del autor de *La última vez que florecieron las lilas en el huerto*. Según Cyril James, la vuelta a la “vida normal”, tras la Guerra Civil, explicaría la postergación literaria de Melville, en cuya obra se habrían cruzado críticamente el anhelo de un nuevo sentido de la comunidad y la irrupción de hombres con una “tempestuosa” fuerza de carácter (C. L. R. JAMES, *Mariners, Renegades & Castaways. The Story of Herman Melville and the World We Live In* (1938),

Casi toda la obra de Abraham Lincoln (1809-1865), incluida su rara poesía, podría estudiarse con la perspectiva de una escritura necesitada de una lectura o respuesta urgente y eficaz que influiría a su vez en la propia responsabilidad del autor; sus discursos y panfletos, sus cartas —sobre todo su correspondencia militar durante la guerra—, sus proclamas y los escritos inéditos a su muerte (la muerte le impediría ordenarlos y redactar, como luego harían sus generales Ulysses S. Grant o William T. Sherman, sus memorias) se inscriben, por derecho propio, en una tradición de escritura o persuasión constitucional que, con la Primera Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos, había sancionado tanto la libertad de expresión como una libertad de conciencia que, en el caso de Lincoln, sería paradójicamente reticente: “Soy muy poco dado, cualquiera que sea la ocasión, a decir nada a menos que espere que resulte algún bien de ello”.² Esta especie de ética literaria, basada en una idea del bien político, proporciona un método de lectura de la escritura de Lincoln que nos ayuda a situarlo en su época, entre el “renacimiento americano” y la Guerra de Secesión, y a trascenderla o hacerla legible en la actualidad. Si, como ha escrito el jurista y filósofo George Anastaplo, los Estados Unidos forjaron a Lincoln, Lincoln, por así decirlo, amplió el molde constitucional: la Decimotercera Enmienda que aboliría definitivamente la esclavitud en 1865 no sería —a diferencia de las Proclamas de Emancipación— la obra literaria o política de un solo escritor, sino la obra legislativa del Congreso de los Estados Unidos y, en consecuencia, de todo el pueblo.³

University Press of New England, Hanover, 2001, p. 123.) En una carta, probablemente no enviada, al republicano George Robertson, Lincoln escribió: “... los clásicos americanos (si hay algo semejante)” (ABRAHAM LINCOLN, *Speeches and Writings, 1859-1865*, ed. by D. E. Fehrenbacher, The Library of America, New York, 1996, p. 384).

² ABRAHAM LINCOLN, ‘Address to Union Meeting, Washington, D. C.’ (6 de agosto de 1862), en *Speeches and Writings, 1859-1865*, p. 350. La idea del bien que Lincoln esperaba de su escritura es crucial para entender la diferencia entre las palabras y los hechos. Véase *infra* el ‘Discurso de Gettysburg’: “El mundo no tomará nota ni recordará durante mucho tiempo lo que digamos aquí —escribió Lincoln—, pero no podrá olvidar nunca lo que ellos hicieron”.

³ GEORGE ANASTAPLO, *Abraham Lincoln. A Constitutional Biography*, Rowman & Littlefield, Lanham, 2001, pp. 150, 194, 349. En la ‘Proclama de Emancipación’ se lee “Yo, Abraham Lincoln” (véase *infra*); “Nosotros, el pueblo”, son, como se sabe, las primeras palabras de la Constitución americana; “El Congreso tendrá el poder...” fue la fórmula adoptada en las enmiendas. La Decimotercera Enmienda había sido avanzada en el programa electoral con el que Lincoln se presentó por segunda vez a la presidencia, con el propósito de impedir que los esclavos liberados por la Proclama fueran esclavizados de nuevo tras la guerra. Véanse las respuestas de Lincoln a la Liga de la Unión en junio de 1864: “Apruebo la declaración favorable a enmendar la Constitución para prohibir la esclavitud en toda la nación”; “no soy del todo indigno de que se me confíe el lugar que he ocupado durante los últimos tres años... No me permitiré, caballeros, concluir que soy el mejor hombre del país, sino que recordaré, en este caso, la historia de un viejo granjero holandés que señaló una vez a quien le acompañaba que no es bueno cambiar de caballo cuando se cruza una corriente” (*Speeches and Writings, 1859-1865*, pp. 597-9; el humor de Lincoln era proverbial). Lincoln, que, aun contando con una mayoría republicana en el próximo Congreso, usaría toda su influencia y persuasión para lograr el apoyo de los demócratas y obtener una mayoría de dos tercios antes de que la sesión acabara, no llegaría a ver aprobada la Enmienda.

Podría considerarse, en efecto, la serie de enmiendas posteriores a la Guerra de Secesión, hasta la Decimoquinta, como una lectura de la escritura constitucional de Lincoln que no habría estado exenta, sin embargo, de cruces: el *impeachment* de su sucesor en la presidencia, Andrew Johnson, el primer presidente de los Estados Unidos destituido por el Congreso; la reconstrucción *manu militari* del sur o la corrupción, en la segunda mitad del siglo diecinueve, del partido republicano, al que Lincoln se había unido para oponerse a la extensión de la esclavitud en los futuros Estados de la Unión, serían los fenómenos más destacados de una profunda sensación de culpa y de vergüenza del pueblo americano que redundaría en la canonización de Lincoln y, en cierto modo, de su escritura, a la que ha seguido cierta iconoclastia: la figura del “gran emancipador” ha sido cuestionada con malicia y sin caridad. El propósito de estas páginas y de esta antología de la escritura de Lincoln es más modesto y consiste en plantear la pregunta por el bien político y literario que ha resultado de esa escritura. En una carta dirigida a uno de los miembros más decentes del partido republicano, Thurlow Weed (al que Henry Adams consideraba un modelo de educación americana), un mes antes de ser asesinado y cuando ya se vislumbraba el final de la Guerra Civil, Lincoln confesaría, respondiendo a la felicitación por su segundo discurso inaugural, su creencia de que un Dios gobernaba el mundo. “Es una verdad —añadiría— que yo creo necesario decir.” Que fuera necesario, y posible, decir la verdad no equivalía, sin embargo, a que fuera obligatorio oírlo ni a que, como Lincoln admitía, “fuera inmediatamente popular”, pero nadie podría refutarla muy poco después y tal vez no haya sido refutada aún: la elocuencia de Lincoln adquiriría, como Emerson había vaticinado, una fuerza involuntaria y fatal.⁴

Pero Emerson también había señalado que el público poseía una capacidad de virtud a la que Lincoln apelaría cuando empezó su carrera. La apelación a la virtud, a terminar el trabajo emprendido —una insistencia recurrente al principio y al final de la escritura de Lincoln—, era la apelación republicana por excelencia, y Lincoln se presentaría ante sus electores como mero seguidor de una tradición que se remontaba, al menos, hasta la Declaración de Independencia y la Constitución de los Estados Unidos, cuyos forjadores —diría Lincoln—

⁴ ABRAHAM LINCOLN, *Speeches and Writings, 1859-1865*, p. 689; HENRY ADAMS, *La educación de Henry Adams*, ed. de J. Alcoriza y A. Lastra, Alba, Barcelona, 2001, pp. 89, 140, 180: “Thurlow Weed era en sí mismo una completa educación americana”. No es probable que Lincoln leyera nunca a Emerson, si bien es posible que asistiera a las conferencias sobre la civilización americana que el fundador del trascendentalismo pronunció en Washington en 1862. Emerson, por el contrario, fue un excelente lector de Lincoln y los dos ensayos que publicó sobre la ‘Elocuencia’ tras la Guerra Civil podrían ser leídos con una perspectiva lincolniana: “El orador —escribió Emerson en el primero de ellos— es el médico” de la república. En el segundo ensayo describió el mérito del orador que “desciende en el lenguaje cuando asciende en el pensamiento”, y señaló sagazmente que ése había sido el mérito de los dos ejemplos de elocuencia que había dado América: Lincoln y el abolicionista John Brown. Los dos ensayos sobre la elocuencia se encuentran respectivamente en *Society and Solitude* (1870) y *Letters and Social Aims* (1875). La cita del epígrafe está tomada del primer ensayo. (Véanse *The Works of Ralph Waldo Emerson*, Routledge, London, 1894, pp. 229, 454, 456-7.)

“eran más sabios que yo”.⁵ La sabiduría superior de los fundadores de la república y la capacidad de virtud del pueblo serían, para el joven orador, las únicas garantías de la perpetuación de las instituciones políticas americanas. “Nada tengo que decir —escribiría significativamente Lincoln— a quienes reclaman la omnipotencia para el legislador”, una renuencia que anticipaba la paciencia y el perdón del futuro presidente a quien correspondería salvar la Unión.⁶ De la perpetuación de las instituciones políticas a la salvación de la Unión mediaba mucho más que la diferencia entre los temas o las circunstancias del orador o del público, pero la distancia comprendería toda la escritura de Lincoln y una sola gratitud, dirigida primero a “nuestros padres” y luego al “Todopoderoso”. La reverencia por las leyes constituiría la “religión política” de la nación contra la que no podrían prevalecer —como advertiría el joven Lincoln a los jóvenes del Liceo de Springfield— las puertas del infierno. Cuando las puertas del infierno se abrieran de par en par, sin embargo, Lincoln tendría ocasión de reconsiderar toda su obra a la luz de una serie de revelaciones o verdades evidentes por sí mismas y juzgar que había llegado el momento —como advertiría al Congreso de la Guerra Civil— de “liberarnos a nosotros mismos”. Escrupuloso como pocos escritores lo han sido, y no suelen serlo los políticos, con el uso del lenguaje, Lincoln les diría a los representantes del pueblo: “Hemos de liberarnos a nosotros mismos y entonces salvaremos a nuestro país”.⁷

Si esa liberación era o no una retractación de la escritura constitucional americana y de la propia escritura de Lincoln dependía de cómo se entendiera la restauración del gobierno original de los Estados Unidos y el rescate o

⁵ ABRAHAM LINCOLN, ‘To the People of Sangamo County’ (9 de marzo de 1832), en *Speeches and Writings, 1832-1858*, ed. by D. E. Fehrenbacher, The Library of America, New York, 1994, p. 4.

⁶ Compárese el ‘Speech in the Illinois Legislature on the State Bank’ (11 de enero de 1837) (*Speeches and Writings, 1832-1858*, p. 9 ss., p. 16: “A quienes reclaman omnipotencia para el legislador y, en la plenitud de sus poderes asumidos, están dispuestos a pasar por alto la ley constitucional, la buena fe y el derecho moral, y todo lo demás, no tengo nada que decirles”) con la carta a Reverdy Johnson de 26 de julio de 1862: “Soy un hombre paciente, siempre dispuesto a perdonar en los términos cristianos del arrepentimiento y también a dar mucho tiempo para el arrepentimiento. Sin embargo, debo salvar, si es posible, este gobierno. Lo que no pueda hacer, por supuesto, no lo haré, pero debe entenderse, de una vez por todas, que no abandonaré este juego sin jugar todas las cartas” (*Speeches and Writings, 1859-1865*, p. 344; el énfasis es de Lincoln). Johnson era el enviado federal para supervisar la ocupación militar de Nueva Orleans.

⁷ Compárese el ‘Discurso al Liceo de los Jóvenes de Springfield’ (*infra*) con el ‘Annual Message to Congress’ (1 de diciembre de 1862) (*Speeches and Writings, 1859-1865*, p. 415: “Los dogmas de un pasado tranquilo son inadecuados para el tormentoso presente. La ocasión está llena de dificultades y hemos de estar a altura de la ocasión. Como nuestro caso es nuevo, hemos de pensar de nuevo y actuar de nuevo. Hemos de liberarnos a nosotros mismos y entonces salvaremos a nuestro país”). “Disenthral”, que hemos traducido por “liberar”, era —como señalaba el doctor Johnson en su *Diccionario*— un término shakespeariano que significaba tanto restaurar la libertad como rescatar de la esclavitud. (El *Oxford Dictionary of Current English* ya no lo recoge.) El Mensaje era previo a la Proclama de Emancipación. La “perpetuación” resultaba ya una tarea diversa a la “fundación”, como había puesto precozmente de manifiesto el discurso de Lincoln en el Liceo de los Jóvenes de Springfield.

emancipación de la esclavitud y, fundamentalmente, de cómo entendiera Lincoln los términos de su propia escritura. El abandono, por parte de Lincoln, de “los dogmas de un pasado tranquilo” no implicaba que hubiera llegado a ser más sabio que los fundadores o que estuviera en condiciones de entenderlos mejor de lo que ellos se habían entendido a sí mismos y habían entendido la naturaleza del gobierno; probablemente, tampoco los lectores de Lincoln, entonces y ahora, estaban ni están en condiciones de entenderlo mejor de lo que Lincoln se entendió a sí mismo o entendió la naturaleza —democrática y representativa— del gobierno: si no más virtuoso, Lincoln era más sabio que sus lectores, de aquellos lectores, al menos, para los que la naturaleza del gobierno sigue siendo una fuente de enseñanzas. Como lector, en cualquier caso, Emerson había entendido perfectamente los términos de la escritura de Lincoln al equiparar su elocuencia a la del abolicionista John Brown e, implícitamente, al sugerir que los discursos de ambos fueran más parecidos entre sí de lo que la controversia y la revisión de la historia de la lucha contra la esclavitud han señalado. Las sombras, de haberlas, las arrojaría el propio Lincoln sobre sí mismo. Al enfrentarse a las grandes figuras que de un modo u otro se cruzarían en su camino hacia Washington —de Henry Clay a Stephen Douglas—, Lincoln tendría ocasión de recordar no sólo la inexistencia de una educación formal en lo que le concernía, sino de sufrir el efecto de esa falta irremediable que le llevaría, en más de una ocasión, a dudar de sí mismo. En comparación con el *beau ideal* de estadista que Daniel Webster, Clay o Douglas —y, desde luego, los elegantes senadores del sur, de John C. Calhoun a Jefferson Davis— encarnaban, Lincoln, como John Brown, ofrecía un aspecto desastroso que, sin embargo, no sólo podría mejorar con la imitación. Hay un aire de familia impresionante entre las ambiciones del joven autodidacto crecido en el medio Oeste que pierde circunstancialmente la confianza en su propia habilidad, el candidato a senador que sale reforzado de su derrota y el presidente de aliento profético que, siendo el más poderoso de los gobernantes americanos desde la Independencia, se refiere —y se somete— continuamente al Todopoderoso en sus alocuciones públicas o en su correspondencia confidencial y está dispuesto a entregar el gobierno cuando los electores le retiren su confianza. La poesía del joven Lincoln, teñida del sentimiento de mortalidad, se transformará paulatinamente en la persuasión de un “nuevo nacimiento de la libertad” en el discurso de Gettysburg.⁸

Casi podría decirse que la emulación de los fundadores y el contraste con sus contemporáneos constituyeron el remedio contra la melancolía que el joven Lincoln hallaría en su primer periodo en Washington como miembro de la Cámara de Representantes, donde tendría la oportunidad de pronunciar diversos discursos contra la política anexionista del presidente James Polk que le

⁸ Las referencias a la ausencia de educación son el motivo autobiográfico más profundo en la obra de Lincoln y se entrelazan con sus concepciones políticas fundamentales: “Nací y siempre he seguido estando en los lugares más humildes de la vida”; “soy un hombre del norte, o más bien miembro de un Estado libre del oeste... y creo estar, y de acuerdo con mis sentimientos personales sé que lo estoy, en contra de la extensión de la esclavitud”; “mis padres nacieron en Virginia y provenían de familias sin distinción alguna” (*Speeches and Writings, 1832-1858*, pp. 5, 209; *Speeches and Writings, 1859-1865*, pp. 106, 160 ss.).

granjearían la estimación del partido *Whig*. Resulta curioso comprobar que la radicalidad del joven congresista, que se define a sí mismo como un *Whig* al viejo estilo, no se haya puesto de manifiesto sólo cuando se sitúa inequívocamente en contra de la esclavitud y es lo suficientemente osado como para plantear la “cuestión presidencial” (la cuestión de los poderes asumidos por el ejecutivo en detrimento del Congreso), sino también cuando defiende el derecho a la revolución como “sagrado”, un derecho —diría Lincoln en 1848— que esperaba y creía que liberase al mundo.⁹ Como representante, Lincoln recordaría que el principio vital de un gobierno democrático consistía en la vinculación del representante a los electores, un procedimiento político coherente con el carácter literario de la retórica lincolniana, atendida a la capacidad de virtud o de respuesta del público y del pueblo. Esa radicalidad no era en modo alguno fruto de la inexperiencia. Como representante y, sobre todo, como abogado educado en la lectura solitaria y la práctica en los tribunales itinerantes de la jurisprudencia del *common law*, Lincoln había adquirido lo que los elegantes *politicians* de su tiempo estaban perdiendo en estériles y peligrosos compromisos. Para el joven Lincoln, el compromiso era, sin embargo, la esencia de la ley, y creería en la posibilidad de cumplir los acuerdos hasta el final, aun cuando eso significara para entonces —acabada la Guerra Civil y a punto de empezar la última tarea de la reconstrucción— reconocer la traición y la mala fe de la otra parte.¹⁰

Suele considerarse la ruptura de los compromisos alcanzados en 1850, debido al decreto de Kansas-Nebraska de 1854, la causa eficiente del regreso de Lincoln a la política. El célebre discurso de Peoria (incluido en esta antología) sería, de hecho, la afirmación de una verdad que muy pocos estaban dispuestos a aceptar. El discurso mismo, sin embargo, era para Lincoln una oportunidad de esclarecer sus dudas respecto a la intención de los forjadores de la república y la

⁹ Véase *infra* el ‘Discurso en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos sobre la guerra con México’ (12 de enero de 1848). Adviértase la fecha. La insistencia de Lincoln en el derecho a la revolución acabaría privando al sur de argumentos para la secesión, que sería considerada una mera rebelión contra la que había previstos remedios constitucionales que Lincoln aplicaría implacablemente. El derecho a la revolución, inherente a la Declaración de Independencia, sería un presupuesto implícito en la fórmula de la emancipación que trataría de vincular la causa antiesclavista a la escritura constitucional. Véase FREDERICK DOUGLASS, ‘The Meaning of July Fourth for the Negro’ (5 de julio de 1852), en *The Norton Anthology of American Literature*, Norton, New York, 1994, vol. I, pp. 1995 ss.

¹⁰ En los esbozos autobiográficos de las campañas electorales, Lincoln se enorgullecería de que sólo una vez había perdido “por el voto directo del pueblo”. Véanse sus ‘Notes on the Practice of Law’, escritas probablemente hacia 1850, cuando Lincoln pensaba en dedicarse únicamente a su carrera como abogado —en la que tendría no poco éxito— y alejarse de la política. “Como apaciguador, el abogado tiene una oportunidad superior de ser un buen hombre” (*Speeches and Writings, 1832-1858*, p. 247). Antes que “Great Emancipator”, como llegaría a conocerse, tal vez Lincoln habría preferido ser recordado como un pacificador y un buen hombre. “Great Pacificator” sería el título de Henry Clay, el ídolo del joven Lincoln, que se desvanecería conforme se fueran poniendo de relieve los efectos funestos de los Compromisos sobre la esclavitud. Lincoln acabaría considerando a Clay, en privado, un oportunista. Véase *infra* el ‘Elogio de Henry Clay’ y la carta a George Robertson de 15 de agosto de 1855: “La señal de fracaso de Henry Clay...” (*Speeches and Writings, 1832-1858*, p. 359).

finalidad de las instituciones políticas, comparadas con lo que Lincoln llamaría “un fundamento mejor”. En su discurso de Peoria, Lincoln se describiría a sí mismo como un *Whig* al viejo estilo o un heredero y afirmaría “nuestros axiomas o dogmas nacionales”, entre los cuales se encontraba la verdad evidente por sí misma de que todos los hombres —como se leía en la Declaración de Independencia— habían sido creados iguales y, en consecuencia, también los negros lo eran, portadores como todos los hombres de “algún derecho natural”. La prudencia de Lincoln no se debía sólo al conocimiento que, como orador, tenía del público, dividido entre abolicionistas y esclavistas, sino a la propia limitación del poder: “Si tuviera todo el poder terrenal —dijo en Peoria—, no sabría cómo usarlo respecto a esta institución”. La perpetuación de la “peculiar institución”, como los senadores del sur llamaban a la esclavitud, ponía en cuestión la perpetuación de las instituciones fundadas en los principios de la igualdad y la existencia misma del gobierno.

En un fragmento escrito probablemente en 1854, antes del discurso de Peoria, Lincoln había anotado:

¿Por qué habríamos de tener un gobierno? ¿No habría cada individuo de quedarse todo el fruto de su trabajo sin tener que entregar una parte para impuestos en servicios, grano o dinero? ¿Por qué no toma cada uno tanta tierra como pueda cultivar con sus propias manos sin comprársela a nadie?¹¹

Las preguntas de Lincoln ponían en cuestión los “axiomas o dogmas nacionales” casi en los mismos términos de la “resistencia al gobierno civil” de Thoreau o la apelación a una “ley superior”. En 1850, William H. Seward, senador, gobernador del Estado de Nueva York y futuro secretario de Estado con Lincoln, había pronunciado un discurso en contra de los compromisos alcanzados por Clay, donde defendía que la prohibición de la esclavitud era constitucional y que la esclavitud era injusta bajo “una ley superior a la Constitución”. Lincoln había contestado a Seward que, “en la medida en que esa ley superior pueda

¹¹ *Speeches and Writings, 1832-1858*, p. 301; véase también el coetáneo ‘Fragment on Slavery’, p. 303. Thoreau reflexionaría en los mismos términos en *Walden*, publicado en 1854: “Cuando escribí las páginas siguientes, o más bien la mayoría de ellas, vivía solo, en los bosques, a una milla de cualquier vecino, en una casa que había construido yo mismo, a orillas de la laguna de Walden, en Concord, Massachusetts, y me ganaba la vida sólo con el trabajo de mis manos. Viví allí dos años y dos meses. Ahora soy de nuevo un residente en la vida civilizada” (*Walden*, ed. de J. Alcoriza y A. Lastra, Cátedra, Madrid, 2005. Son las primeras palabras del libro). Lincoln insistiría en el valor del trabajo, opuesto al del capital, durante toda su vida, con especial referencia a la educación: como Thoreau, Lincoln quería educarse a sí mismo. En el ‘Address to the Wisconsin State Agricultural Society’ (30 de septiembre de 1859), donde retomaría la frase del “trabajo con las propias manos”, Lincoln, que admiraba la obra de John Stuart Mill, plantearía, en los términos de la función apropiada de la civilización, una pregunta propia del socialismo que el partido republicano no contestaría nunca: “¿Cómo podrían combinarse de la manera más satisfactoria el *trabajo* y la *educación*?” (*Speeches and Writings, 1859-1865*, pp. 90 ss.; véase también la carta ‘To the Workingmen of Manchester, England’ (19 de enero de 1863), pp. 431 ss.). En un fragmento de 1858, Lincoln escribiría: “Así como no querría ser *esclavo* tampoco querría ser *amo*. Esto expresa mi idea de la democracia. Lo que difiera de esto, hasta donde llegue la diferencia, no es democracia” (*Speeches and Writings, 1832-1858*, p. 484).

fomentar la desobediencia a la Constitución o a las leyes constitucionales del país, tendrá mi condena incondicional”, y esa postura sería la que mantendría oficial o exotéricamente hasta el final, si bien una lectura más detenida de su escritura, antes y después del discurso de Peoria, mostraría una comprensión de la ley superior a la Constitución que Lincoln manifestaría esotéricamente como una verdad que era necesario decir.¹² En una carta a Joshua Speed, uno de los amigos más antiguos de Lincoln, escrita en el verano aciago de 1855, cuando Lincoln midió la profunda división de la Unión, reconocería que el decreto de Kansas-Nebraska era un acto de “violencia”, no un acto legislativo. Uno de los axiomas y dogmas nacionales defendidos por Lincoln era la obediencia a la ley. “Me preguntas —contestaba a Speed— dónde estoy ahora. Ése —confesaría Lincoln— es un punto disputado.”¹³

La reverencia por la ley dejaría paso paulatinamente en el ánimo de Lincoln al reconocimiento completo de la “idea central” de la igualdad de los hombres. La oposición de Lincoln al decreto de Kansas-Nebraska y, poco después, a la sentencia del Tribunal Supremo sobre el caso Dred Scott (que anulaba explícitamente la humanidad del esclavo) no sería planteada sólo como una manifestación de la “antigua fe” de la república, sino en los términos de la “revolución” y, sobre todo, de la “resistencia”, que mantenían viva aquella fe. La sentencia Dred Scott había descubierto definitivamente la existencia de leyes superiores. En un fragmento sobre la esclavitud escrito poco después del famoso discurso de la Casa Dividida, hacia julio de 1858, Lincoln se confesaría a sí mismo, casi premonitoriamente:

Nunca he dejado de recordar —ni lo hago ahora— que en la causa republicana hay un propósito superior al mero desempeño del cargo... No puedo dejar de considerar que el objeto superior de esta lucha no se alcance completamente en el plazo de mi vida natural.¹⁴

¹² ‘Speech to Scott Club of Springfield’ (14 y 26 de agosto de 1852), en *Speeches and Writings, 1832-1858*, pp. 295-7. Uno de los capítulos de *Walden* se llamaría ‘Leyes superiores’. ¿Cabría hablar de un Lincoln privado o esotérico, el de los fragmentos o la correspondencia, y un Lincoln público o exotérico, el de los discursos? En el mismo fragmento citado, Lincoln se refería al “legítimo objeto de todo gobierno”, que requiere la existencia de los “departamentos civil y militar”. La respuesta a esta pregunta se encuentra en la lectura minuciosa de la escritura lincolniana hasta el final.

¹³ *Speeches and Writings, 1832-1858*, p. 363.

¹⁴ *Speeches and Writings, 1832-1858*, p. 438. En 1864, Lincoln apuntaría expresamente hacia “una visión superior de los intereses del país” (*Speeches and Writings, 1859-1865*, p. 598). “Higher aim”, “higher object” y “higher view” eran ecos, sin duda, de la controversia sobre una “higher law”, en un sentido (o sonido) probablemente más cercano a Thoreau que a Seward. El discurso de la Casa Dividida contiene giros del lenguaje —como el de “un perro vivo es mejor que un león muerto”— que estaban ya en *Walden*. Véase, por ejemplo, este pasaje de la ‘Conclusión’: “Algunos ensordecen nuestros oídos diciéndonos que nosotros, los americanos, y, en general, los modernos, somos enanos intelectuales comparados con los antiguos, incluso con los isabelinos. Pero ¿qué importa eso? Un perro vivo es mejor que un león muerto. ¿Tendrá que colgarse un hombre por pertenecer a la raza de los pigmeos en lugar de intentar ser el pigmeo más alto? Que cada uno se ocupe de lo suyo y trate de ser como ha sido creado”. De la lectura de Lincoln de los “antiguos” (la Biblia y los fundadores más que los clásicos) y los “isabelinos” (Shakespeare) tratamos en el cuerpo del texto.

“Una casa dividida contra sí misma no se mantiene en pie.” El senador Douglas, en el curso de sus debates con Lincoln, advertiría la habilidad de su adversario para citar pasajes de la Biblia. La cita del pasaje de la casa dividida (Mateo, 12: 25) era, no sólo en su referencia precisa, sino en el contexto de la parábola en que se incluye, mucho más reveladora del propósito que Lincoln albergaba y de su propia concepción de la escritura y la política, en las circunstancias inminentes de la secesión, de lo que suele entenderse. No sólo se trataba de que una casa dividida contra sí misma no se mantendría en pie, sino de que la blasfemia contra el espíritu no sería perdonada. (Emerson había llamado a las leyes superiores “leyes espirituales”.) Quien no estuviera con Lincoln estaría, desde entonces, contra Lincoln, y Lincoln se esforzaría por que sus palabras le absolvieran, en lugar de condenarlo. La serie de los debates con Douglas tendría, en primer lugar, el carácter público de una lucha semántica: “No soy —diría Lincoln— un maestro del lenguaje, no he recibido una buena educación, no soy capaz de entrar en una disquisición dialéctica, como creo que lo llamáis... No me preocupan los subterfugios verbales. Sé lo que quería decir y no dejaré a esta multitud en la duda si puedo explicarle lo que realmente quise decir”. En segundo lugar, por debajo de la escritura política, habría una escritura concernida por la vida y la salvación.¹⁵

Los siete discursos que Lincoln pronunciaría durante el verano y el otoño de 1858 en la campaña por el asiento en el Senado comprenden una filosofía política completa. Lincoln quedaría absuelto por sus palabras favorables a la restauración de la autoridad original del gobierno de los Estados Unidos, al amparo de la Declaración de Independencia y la Constitución, y por una interpretación del carácter literario de la propia Constitución que, en cierto modo, daba las pautas de las propias intervenciones de Lincoln. Los constitucionalistas habrían usado, a propósito de la esclavitud, un “lenguaje encubierto” para que, literalmente, no quedara rastro en la Constitución de la existencia de la esclavitud. De otro modo, las palabras habrían condenado la Constitución y la perpetuación de las instituciones políticas habría quedado fatalmente expuesta. Una vez la esclavitud hubiera desaparecido, como era la intención de los fundadores y el curso de acción que Lincoln recomendaba por un sistema de emancipación gradual y compensada, los lectores “inteligentes” del futuro absolverían la Constitución. Esta interpretación prudente y moderada de la escritura constitucional no condecía del todo, sin embargo con el verdadero motivo de la disputa con Douglas, que tenía que ver con la justicia o injusticia, en

¹⁵ Véase *infra* el ‘Discurso en Chicago’. En el borrador de un discurso preparado poco antes de que empezaran los debates con Douglas por el asiento en el Senado, Lincoln anotaría que la esclavitud era el triunfo del “demonio de la tiranía” (*Speeches and Writings, 1832-1858*, p. 494). Sobre los debates con Douglas, véase HARRY V. JAFFA, *Crisis of the House Divided. An Interpretation of the Issues in the Lincoln-Douglas Debates* (1959), The University of Chicago Press, Chicago and London, 1982³. Sobre la “escritura superpuesta” en los discursos de Lincoln, véase JAVIER ALCORIZA, ‘La filosofía política de Lincoln’, en *Herencias straussianas*, ed. de J. Monserrat Molas y A. Lastra, Biblioteca Javier Coy d’estudis nord-americans, Universitat de València, Valencia, 2005.

términos absolutos, de la esclavitud, términos que ya no podrían leerse —como seguramente no pudo oírlos el público— con la misma imparcialidad. En el último discurso, Lincoln diría: “Ésta es la eterna lucha entre los dos principios —el bien y el mal— a lo largo y a lo ancho del mundo. Son los dos principios que se han enfrentado desde el principio de los tiempos y que seguirán luchando entre sí. Uno es el derecho común de la humanidad y el otro el derecho divino de los reyes”.¹⁶

La derrota de Lincoln en la campaña senatorial de 1858 le franquearía, con el recuerdo de su persuasión, el camino hacia la presidencia en la siguiente convocatoria electoral. Lincoln aceptaría con reluctancia la tarea de introducir definitivamente, como había dicho de Jefferson, una verdad abstracta en los debates políticos. La preocupación residiría entonces, como hasta ese momento, en no menoscabar la “pauta republicana”. Los debates con Douglas ya eran de dominio público: Lincoln se dirigía ahora a una “comunidad de lectores”,¹⁷ la comunidad que los fundadores habían previsto al insistir, a diferencia de la Constitución británica, en la escritura y la lectura constitucionales. Hasta obtener la presidencia, Lincoln no se separaría de la doctrina republicana que había elaborado públicamente; antes de convertirse en el primer magistrado, Lincoln trataría de ser el “representante de la verdad”, a sabiendas de que tendría que inclinarse ante la verdad o morir por ella. Desde la victoria en noviembre de 1860 hasta el primer discurso inaugural, en marzo del año siguiente, Lincoln llegaría casi al silencio. Sus discursos se fueron haciendo lacónicos y la escritura se resentiría beneficiosamente de la irrupción de todas las vacilaciones que Lincoln había ido guardando en su conciencia mientras no encontraran expresión y que se plasmarían definitivamente en el concepto de la Unión, “algo más grande” que los Estados y sobre lo que Lincoln se cuidaría mucho de proyectar el aura de sacralidad que los senadores del sur le habían dado a los Estados y los derechos colectivos. Entre los ciudadanos y la Unión no habría más intermediarios, en lo esencial, que entre el hombre y Dios. “La Unión —diría en el primer discurso inaugural— es mucho más antigua que la Constitución.” “La Unión —dirá en su Mensaje al Congreso en Sesión Especial— es más antigua que cualquiera de los Estados.”¹⁸

Es significativo, para quien había sido toda su vida, o había dicho que era, un reverente seguidor de los fundadores, que Lincoln reiterase, en el largo y en ocasiones clandestino camino a Washington, que su tarea era superior a la de Washington, el primer presidente, algo tan significativo como el uso del término “pueblo” o la asunción de convertirse —en términos emersonianos— en el “hombre representativo” de la nación. (La superioridad ya estaba implícita al

¹⁶ *Speeches and Writings, 1832-1858*, pp. 810-811.

¹⁷ *Speeches and Writings, 1832-1858*, p. 704; *Speeches and Writings, 1859-1865*, p. 43.

¹⁸ Véase *infra* el ‘Primer discurso inaugural’ y el ‘Mensaje al Congreso en Sesión Especial’. En el ‘Annual Message to Congress’ (3 de diciembre de 1861), Lincoln se referiría al trabajo casi en los mismos términos que la Unión: “El trabajo es anterior al capital e independiente de él... El trabajo es superior al capital y merece una consideración superior” (*Speeches and Writings, 1859-1865*, p. 296).

distinguir, en el ‘Discurso al Liceo’, la “perpetuación” de la “fundación”, la “razón” con la que debían guiarse en adelante de la “pasión” que había ayudado a los fundadores. En eso Lincoln parecía anticiparse a sí mismo o haber comprendido los límites entre los que le sería dado obrar políticamente. La ordalía de Lincoln estaría en el uso del poder durante la guerra, en la decisión, constitucionalmente inaudita, de emitir la Proclama de Emancipación.) “¿Por qué —preguntaría en el primer discurso inaugural— no hay una confianza paciente en la justicia final del pueblo?”. La confianza en la justicia final de una causa eminentemente popular debía despejar las acusaciones de una amenaza de tiranía o dictadura durante la Guerra Civil.¹⁹ Tanto en sus mensajes al Congreso como, especialmente, en su correspondencia militar, Lincoln se mantendría en los límites constitucionales del poder ejecutivo y cualquier interpretación que hiciera respecto al uso de poderes implícitos —para la suspensión del *habeas corpus* o para decretar el reclutamiento, las dos medidas más impopulares e cada uno de los extremos de las secciones nacionales— sería tan explícitamente puesta de relieve que la persuasión resultaría casi agónica.²⁰ En un documento tan trascendental como la Proclama de Emancipación, Lincoln fecharía según la Declaración de Independencia. El propósito constituyente de lograr “una Unión más perfecta” se convertiría en el origen y en la meta de la república. Lincoln escribiría “bajo una pesada y solemne sensación de responsabilidad”.²¹

El tono de la escritura final de Lincoln, esencialmente en el discurso de Gettysburg y en el segundo discurso inaugural, ha sido considerado bíblico, una sublimación de la relación con el Todopoderoso que Lincoln asumía condicionalmente: el cese de las hostilidades debía suponer la disminución del poder ejecutivo y una pérdida de fuerza de la persuasión en la medida en que se hubiera logrado el acuerdo entre el orador y el público. Esta conciencia escrupulosa del cargo, así como la reticencia profunda de toda su escritura, debió de sobreponerse en el ánimo de Lincoln a la sensación, repetidamente confesada, de que los acontecimientos hubieran acabado por dominarle. La lectura de

¹⁹ Véase HARRY V. JAFFA, *A New Birth of Freedom. Abraham Lincoln and the Coming of the Civil War*, Rowman & Littlefield, Lanham, 2000. Los libros mencionados de Anastaplo y Jaffa constituyen, con mucho, lo mejor que se ha escrito hasta el momento sobre Lincoln.

²⁰ En la genealogía de la república americana, resulta útil contrastar la actitud de Lincoln con la de Jefferson, según el juicio histórico que le merecía a Henry Adams: “La cláusula que daba al Congreso extensos poderes para elaborar las leyes que una mayoría creyera *necesaria* y *apropiada* para hacer cumplir la Constitución, era, según estaba establecida por sus precedentes, fatal no sólo para la teoría de los derechos de los Estados, sino para la doctrina de la interpretación estricta en que se suponía que descansaban las libertades americanas. La guerra y el poder de hacer tratados, con sus consecuencias no definidas y, por tanto, ilimitadas, se comprendían bien. Estos pretextos para la admisión de la soberanía europea en la ciudadela de la libertad americana se veían tan claros en 1800 como cuando los hijos y nietos de los estadistas del Sur rompieron la Unión por temor a las consecuencias de la centralización. Sin embargo, Jefferson no llamó la atención de nadie sobre el peligro, no dio un paso para evitarlo, sino que alargó la mano para asir los poderes que había denunciado” (HENRY ADAMS, *History of the United States during the administrations of Thomas Jefferson*, The Library of America, Nueva York, 1986, p. 174).

²¹ *Speeches and Writings, 1859-1865*, p. 372.

Macbeth a la que Lincoln se entregaría durante la Guerra Civil aporta “la última medida de la devoción” de Lincoln a la democracia en vísperas de la rendición del sur y la reconstrucción de la casa dividida. Como Melville, Lincoln preferiría *Macbeth* a cualquier otra de las obras de Shakespeare: el “tema imperial” tendría que suponer una poderosa tentación para el gobernante más poderoso que los Estados Unidos habían conocido. Los préstamos lingüísticos eran innumerables (“malicia”, por ejemplo, era recurrente en la tragedia y en la escritura final de Lincoln) y también lo serían los préstamos semánticos: la insistencia de Lincoln en el perdón, el arrepentimiento, la observancia del sábado o la acción de gracias podían provenir de lo que en *Macbeth* se manifestaba como el destino de quienes no sabían que eran traidores o de un país “que teme conocerse a sí mismo”. La despedida de Malcolm, con la que Shakespeare irrumpía en su propio tiempo, encontraría ecos en la “duradera paz” del segundo, y último, discurso inaugural de Lincoln.²²

Lincoln observó una vez que el mundo no tenía aún una buena definición de la palabra *libertad*. La lectura de su escritura constitucional proporciona un significado preciso, claro e inequívoco a la libertad. “Es a nosotros a quienes toca dedicarnos a la gran tarea que tenemos por delante: aumentar..., por estos muertos honorables, nuestra devoción a la causa por la que ellos dieron hasta la última medida de la devoción; resolver aquí, por encima de todo, que estos muertos no murieron en vano; que esta nación, bajo la mirada de Dios, tendrá un nuevo nacimiento de la libertad y que el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo, no desaparecerá de la tierra.”²³ ¿Podríamos nosotros, la comunidad de los lectores, esconder lo que se nos ha mostrado, a nosotros y a todo el mundo? Si no disponemos de la libertad, la tiranía —la verdad que *Macbeth* fue reacio a oír— dispondrá de nosotros. Que la libertad tenga significado es la trágica bendición de la escritura de Lincoln.

²² En el primer discurso inaugural, Lincoln había advertido a los secesionistas de la “destrucción de nuestra fábrica nacional” con la retórica de Hamlet.

²³ Véase *infra* el ‘Discurso de Gettysburg’.